

Introducción

Los pueblos indígenas de Venezuela constituyen la población originaria del país y un importante sector de la sociedad venezolana actual, cada uno con su historia, idioma y cultura. Aunque con dificultades y muchas veces sufrimientos, han sabido mantenerse en sus territorios como sociedades y culturas diferenciadas frente al avasallamiento histórico que han sufrido, defendiendo su derecho a una vida digna y en libertad. Por esto, han experimentado transformaciones en sus culturas, y a la vez, han incorporando nuevos objetos, instrumentos y palabras provenientes de otras culturas. Sin embargo, a pesar de estas transformaciones e incorporaciones, en un contexto de cambios sociales profundos y creciente interrelación con la sociedad envolvente, continúan en gran parte manteniendo los núcleos profundos de su ser y de su cultura, distinguiéndose así entre ellos y, sobre todo, de las poblaciones no indígenas. De esta manera, cada pueblo indígena mantiene su continuidad histórica y demuestra su fortaleza, expresando su identidad en el respeto de la identidad de los otros pueblos.

La cultura y la identidad constituyen los centros medulares de las sociedades y sin ellas no conseguirían constituirse en pueblos diferentes de los demás. Gracias al saber de sus ancianos y ancianas y las experticias de sus hombres y mujeres, cada pueblo logra distinguirse de los otros. De allí la importancia de la transmisión del saber cultural a las nuevas generaciones a través de las enseñanzas de los ancianos y ancianas y, en general, de las madres y padres de cada familia. La educación que los padres imparten a sus hijos desde el nacimiento hasta que crecen y se hacen

adultos, es una labor fundamental para cada pueblo. En esta tarea, todos los integrantes de la comunidad participan, ya que constituye el medio a través del cual cada sociedad mantiene su cultura y expresa su manera particular de ser y vivir. Son estas las pautas de crianza que cada pueblo indígena ha desarrollado a lo largo de su historia y que, cada familia establece en el momento que nace un niño o una niña, con sus diferencias según el género y las etapas del crecimiento.

El presente libro describe las pautas de crianza del pueblo indígena aúñ, tal y como fueron relatadas por los ancianos y ancianas, por los padres y madres y por los mismos niños y niñas. Para ello, entrevistamos a muchas personas de distintas comunidades, observamos como se crían a los niños y niñas, discutimos el material recopilado y, finalmente, elaboramos este texto, que ofrecemos a los padres y madres y, sobre todo, a los maestros y maestras, para que puedan utilizarlo en su tarea diaria, cuando cada uno realiza el papel que la sociedad le ha asignado: los padres, formando y educando a los hijos dentro de la casa y, los maestros indígenas, en la escuela.

Un papel especial en la educación de los niños y niñas indígenas es actualmente desempeñado por los maestros de las escuelas. Esta institución tiene la función de transmitir el saber que viene de afuera pero, a menudo, lo hace desvalorizando la cultura propia. Sin embargo, es obligación de los maestros indígenas también valorar y transmitir los saberes de la sociedad aúñ en el idioma propio y no solamente en castellano. La situación presente de permanente contacto con la sociedad criolla hace necesario la transmisión de otros contenidos ajenos, pero nunca a expensas del saber propio. Cuando esto se realiza, los niños y niñas aúñ no pueden desenvolverse bien como personas integrales en su propia sociedad y tampoco lo pueden fuera de su sociedad.

En este sentido, nuestro libro quiere ser una herramienta educativa que genere un espacio de reflexión sobre la cultura aúñ en la escuela, pero también en cada comunidad a través de los padres y madres de familia. De esta manera, aspiramos contribuir a la continuidad y fortalecimiento de la cultura de este pueblo indígena para sus futuras generaciones.

Los añú

El pueblo añú, también llamado paraujano, de habla aruak, se encuentra establecido en el norte del estado Zulia, fundamentalmente en el Municipio Páez. Aunque los añú vivan tradicionalmente en la laguna de Sinamaica, hay otros emplazamientos regionales, incluyendo el barrio Nazaret del Moján y el de Santa Rosa de Agua en Maracaibo. El «Censo de Población y Vivienda», realizado por el Instituto Nacional de Estadística en 2001, censó solamente 11.205 individuos que se reconocen como añú, tanto en comunidades tradicionales (3.854) como en ámbito urbano (7.351). Sin embargo, es probable que haya en general por lo menos unos 15.000 añú. En el caso específico de la Laguna de Sinamaica, donde está asentados los añú que mantienen más viva su cultura y que constituyó nuestro lugar de investigación, el Censo realizado en el año 2000 por la organización indígena Mocupa, UNICEF, INE-Zulia y el Departamento Socio-antropológico de la Universidad del Zulia, indico la existencia de 3.481 añú.

El medio ambiente lacustre, donde predominan ciénagas y mangles, caracteriza de manera general la vivencia social y cultural de este grupo étnico. De hecho, lo que los identifica es su vivencia de «pueblo de agua», a partir de sus mismas viviendas tradicionales, constituidas de casas palafíticas en la orilla de la laguna de Sinamaica, siendo precisamente esta imagen la que inspiró en el año de 1500 a Vespucio el parangón con la ciudad italiana de Venecia que, según la tradición, dio nombre a Venezuela. La aldea añú está constituida por varios grupos de palafitos asentados en las aguas de la laguna, relativamente cerca de la ribera, a una decena de metros las unas de las otras, unidas a veces por pasadizos de madera. El medio de transporte es la canoa (cayuco), tanto para la comunicación entre los caseríos más alejados como con la ribera.

El universo simbólico aún está relacionado fuertemente al agua y a la laguna de Sinamaica, la que puede producir bienestar o malestar. De hecho, la causa de gran parte de las enfermedades es atribuida a la ruptura de algunas reglas relacionadas con este específico medio ambiente o a algún contacto con los muertos. En este sentido, parece haber una distinción suficientemente clara entre enfermedades de tipo espirituales y enfermedades físicas, aunque los dos tipos se superponen con frecuencia. Según el tipo de enfermedades y su gravedad se procede a la curación en casa o recurriendo a un especialista chamánico que diagnosticará el mal e intentará curarlo con la ayuda de sus espíritus protectores. La curación tradicional se da a través de la ingestión de yerbas curativas y rituales, como los son la succión de la parte enferma y el sople.

Las actividades económicas de los indígenas aún se concentran fundamentalmente en la pesca, siendo relativamente secundarias la cacería y la recolección de frutos silvestres. La pesca, que proporciona la mayor parte de su alimentación, se realiza con redes, nasas y trampas de madera. El pescado, a parte de constituir la base de la dieta diaria, puede ser comercializado o conservado bajo sal. En los caseríos más cercanos a tierra firme es posible encontrar pequeños conucos con cultivos de coco y plátano, que integran la dieta diaria de pescado, junto con los productos occidentales que pueden ser adquiridos en los centros urbanos.

Entre los productos materiales producidos por los aún, resalta la vivienda palafítica, construida cerca de la ribera de la laguna de Sinamáica donde el agua llega a cerca de un metro de profundidad. El material más utilizado es el mangle, tanto para los postes como para la plataforma y las paredes. El techo, generalmente de dos aguas, está recubierto de palmas. A la casa generalmente está anexa una plataforma (plancha) que sirve como patio y que puede ser compartida por diferentes núcleos familiares emparentados que viven en casas cercanas. A muchos palafitos se asocia una explanada, constituida por una construcción de palos afincados en el suelo de la laguna, en forma cuadrada o rectangular, relleno de tierra, constituyendo un terraplén utilizado como patio para cultivar plantas, cocinar y como espacio de vivencia, sobre todo para los juegos de los niños.

Embarazo y gestación

Las mujeres aún adquieren valor y muestran su fuerza en la medida que tengan hijos, ya que de esta manera consiguen realizar plenamente el rol que la sociedad local les asigna. Los hijos son percibidos como generadores de alegría y también como apoyo a los padres en las necesidades cotidianas de la vida. Generalmente, para tener hijos es necesario establecer una familia o formalizar la unión de la pareja. Así lo señala una de nuestras entrevistadas: *«uno pa' tener hijos tiene que casarse»*.

El embarazo es buscado inmediatamente después del casamiento, y cuando se demora en producirse, la mujer busca a una anciana o a la misma madre para que la ayude con algunas hierbas medicinales. Es la madre quien está pendiente de que la hija quede embarazada, aunque es general la afirmación de que el hombre debe estar muy pendiente y paciente en el caso de retrasos, los cuales son considerados como el resultado de alguna enfermedad desconocida. De allí la necesidad de recurrir a las parteras o a los curadores tradicionales para solventar la situación.

Cuando una mujer no puede tener hijos, intenta solucionar el problema recurriendo tanto a la medicina

tradicional como a la medicina criolla. No son frecuentes los casos de familias sin hijos, o que hayan adoptado niños de mujeres con muchos hijos, o de alguna otra muchacha embarazada sin casarse o sin marido. Por otro lado, cuando muere una mujer dejando huérfanos a sus hijos, la abuela materna o los hermanos varones de la madre son quienes se encargan de criarlos. Cuando una mujer no concibe hijos, la pareja puede alejarse de la comunidad, ya que una familia sin hijos no es completamente aceptada, sobre todo porque la infertilidad se asocia con el “mal de ojo”, sobre todo hacia la mujer.

Fundamentalmente, los signos de un posible embarazo están relacionados con la ausencia de la menstruación. Sin embargo, se registran casos donde el embarazo resulta evidente dos o tres meses después de la concepción, cuando a la futura madre sufre mareos o malestares, reconocibles por la comunidad como signos propios de una posible gestación. Esto vale sobre todo para las mujeres que experimentan su primer embarazo entre los doce y catorce años. Con el segundo embarazo, sus signos suelen ser, por lo general, inmediatamente reconocibles.